

NDICIO.

J

-

Pa

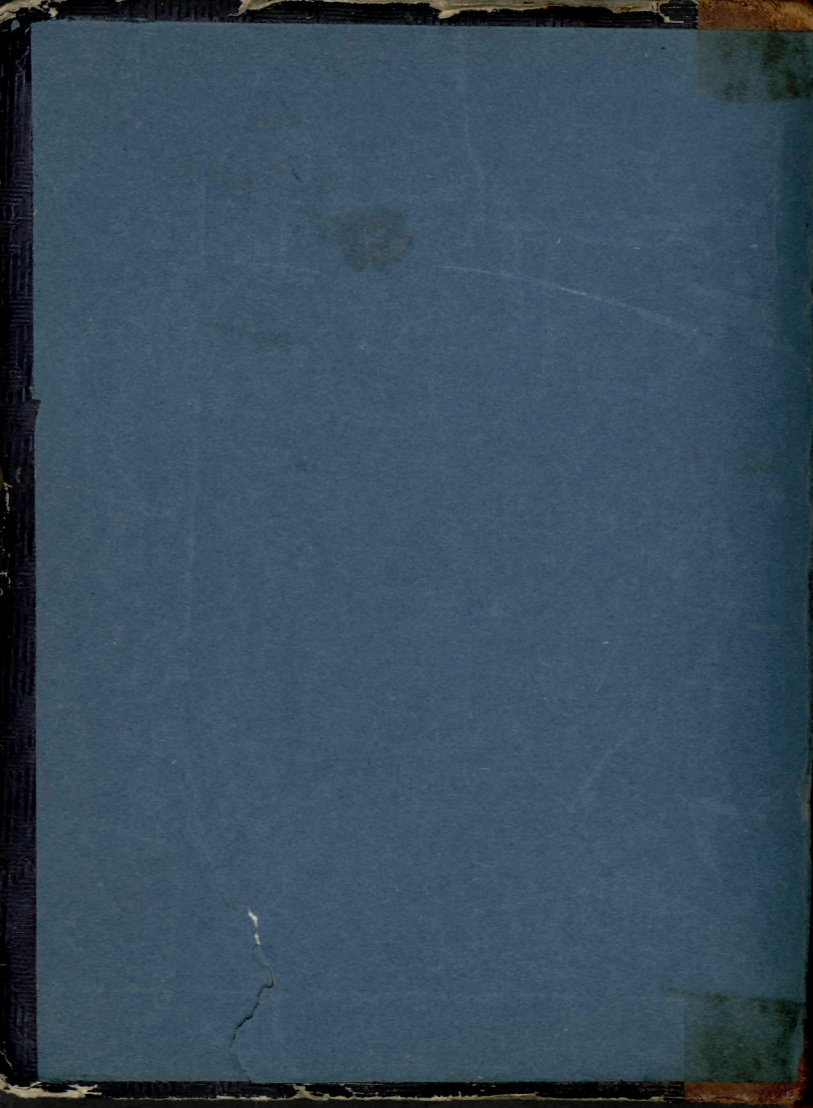
El 885

De Manó

B.R. Madrid

4381



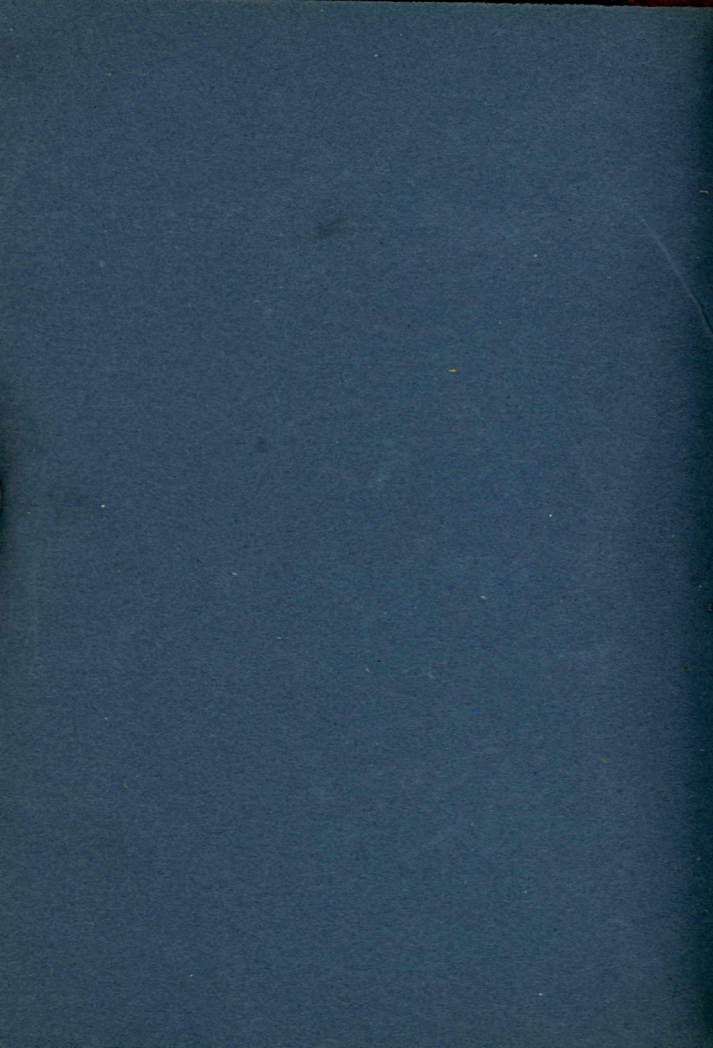


**E. Y P. LIBROS**

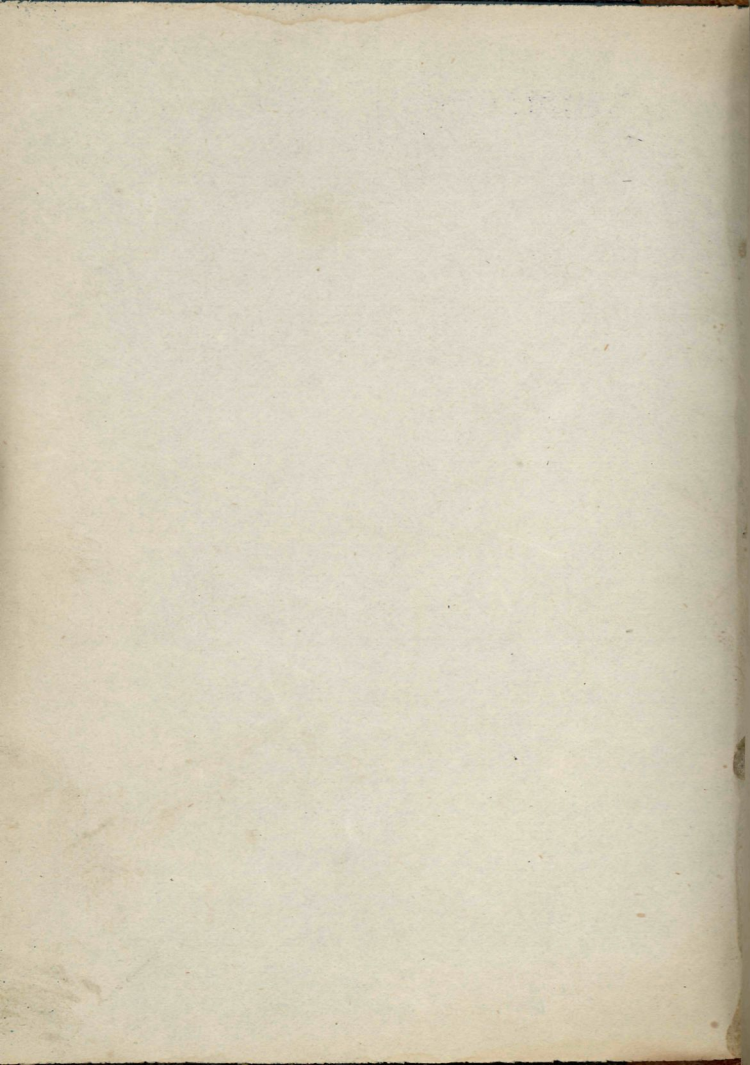
**ANTIGUOS Y MODERNOS**

**Apartado 57.072**

**T. 231 44 55 - 28080 Madrid**



2358





ILDEFONSO RABANILLO  
MARTINEZ

A-674/A

ILDEFONSO RAZA WILLO  
MARTINEZ

V. o' o' s' p'  
VII  
ILDEFONSO RABANILLO  
MARTINEZ 1911

25

R  
28129

**EL DOS**

**DE MAYO.**

ILDEFONSO RABRILLO  
MARTINEZ

EL DOS

DE MAYO.



ILDEFONSO RABANILLO  
MARTINEZ  
EL DOS

DE MAYO

Novela Histórica,

POR

**D. JUAN DE ARIZA.**

MADRID.

Sociedad Tipográfica de HORTELANO Y COMPAÑIA, Editores.

1846.



EL DOS  
MARTINEZ  
ILDEFONSO MARTINEZ



Historia

Esta obra es propiedad de la  
Sociedad de Hortelano y Com-  
pañía.

109

REPUBLICA DE ESPAÑA



MADRID

Sociedad Tipográfica de Hortelano y Compañía, Editores

1849

VII 911  
ILDEFONSO RABANILLO  
29 MARTINEZ

V. V. V. V. V.

## PROLOGO.

Al bajar del trono Cárlos IV la España de Cárlos I había perdido la aureola de que la ciñó este monarca. Los antiguos tercios castellanos no tremolaban nuestras banderas en las márgenes del Danubio, en los desiertos africanos, en las llanuras de la Flandes, en los campos de Lombardía, ni sobre el castillo de Sant Angelo; y los laureles de Pavía, de San Quintin y de Lepanto estaban marchitos ó secos. Despojada la nacion hispana de sus mas brillantes conquistas, y subyugada por un hombre, era un astro sin esplendor que giraba

como satélite alrededor de Bonaparte. A él pagábamos gruesos subsidios, nuestros soldados le seguían, y le tomaban nuestros reyes por juez árbitro en sus querellas.

El emperador de los franceses miró á España desde su altura, y detuvo su vuelo de águila para arrastrarse cual raposa. Encomendó á la vil astucia lo que hubiera podido intentar mas bizarramente con la fuerza: aumentó con torpes amaños la desunion y los enconos de la familia real de España: introdujo con falsos pretextos sus ejércitos en la Península, se apoderó de las plazas fuertes, y el arrogante negociador de Campo-Formio quiso imponernos con engaños sus leyes y su dinastía.

La Iberia, que acogió al francés como á un amigo ó á un hermano, no quiso someterse á un dueño, y dió como siempre señales de valor y de independencía.

Hubo Saguntos y Numancias contra Cartago y contra Roma; Geronas hubo y Zaragozas contra el ejército francés; hubo Viriatos y Mardonios contra la señora del mundo; Minas hubo y Empecidanos contra el coloso de esta edad; hubo Covadongas y las Navas contra los Emires y Almansores; Bailenes hubo y Arapiles contra Napoleon Bonaparte y los mariscales del imperio. La España del siglo XIX



fué la España de la edad media y la de siglos mas remotos.

Con la guerra de la independencia se rehabilitó sin duda alguna á los ojos de las naciones; y si no reconquistó el puesto que debia ocupar con justicia, hizo que mil glorias se eclipsasen ante el esplendor de su gloria. Los pueblos que habian sucumbido en Marengo, Austerleitz y Jena se alzaron de su postracion; y el grito de guerra, lanzado junto al pacífico Manzanares, lo repitió el elado Niemen como se responden los ecos de dos montañas inmediatas.

— Pero entre los hechos héroicos de aquella guerra memorable, ¿hay alguno que deba distinguirse por su magnitud é importancia? Uno hay al menos que está escrito en los mármoles y en los bronces: el siempre glorioso DOS DE MAYO.

EL DOS DE MAYO se ciñeron los habitantes de Madrid verdes coronas de laurel: EL DOS DE MAYO se dió el grito y se dió tambien el ejemplo. La sangre que corrió aquel dia tiñó como púrpura hermosa nuestra bandera nacional; y al mismo tiempo subió al cielo, porque era la sangre de los mártires. Cada gota se tornó en un rio, que precipitándose por la España con la rapidez del torrente, pidió anchurosos rios de sangre; y lagos hubo de francesa tan estensos como los mares.

Al escribir del Dos DE MAYO, la fría razón queda en silencio, y la voz del corazón habla. Vano fuera querer usar hermosas flores de poesía, tristes cipreses, y el beleño son los adornos de las tumbas, y la luz de pálidos cirios ó la macilenta de la luna, refleja mejor sobre sus losas que la magnífica del sol. Es verdad que estamos sentados sobre el sepulcro de los héroes; pero levantando el sudario, solo encontraremos cenizas ó descarnados esqueletos. Reliquias son que las edades venerarán enternecidas; reliquias son que guarda España con justa altivez y noble orgullo, pero los restos mas ilustres se riegan con llanto tambien. Lágrimas les damos en tributo, y un pincel con sangre teñido solo trazará tristes cuadros.

ILDEFONSO RABANILLO  
MARTINEZ

# EL DOS DE MAYO.

## CAPITULO I.

### Los vaticinios.

¿Hay patria, Beremundo?...  
No la tiene todo buen español dentro del pecho.

(Quintana.)

Alrededor de una gran mesa, y en un café no concurrido ni completamente de tono, estaban unos oficiales desocupando un *bol* de ponche, que no debía ser el primero según hablaban y reían. Todas las armas del ejército se encontraban representadas, y reinaba entre todas ellas la mas franca cordialidad. Un capi-

tan de granaderos, un comandante de escuadron, un teniente de guardias españolas y otro de las guardias walonas hacian los honores al ponche y conversaban de muchahas, mientras un jóven artillero suspiraba profundamente melancólico y distraido. En una mesa no lejana estaba sentado un buen mozo, de continente varonil y de faz tostada y morena; contaria el buen mozo cinco lustros, y en sus ojos negros brillaba la inteligencia y osadia. Su trage era bastante rico, pero dejaba conocer que quien lo llevaba era un hombre de poca elevada gerarquía. A esta mesa se llegó un personage embozado en una ancha capa, dió dos palmaditas en el hombro del que estaba sentado en ella, y despues de tomar asiento pidió dos vasos de Jerez. Bebió un gran sorbo de uno de ellos, y alargando el otro al buen mozo, le dijo:

—Manuel, mucho me agrada encontrarte tan puntual.

—Me escribió V. E....

—Manuel, no me des aqui tratamiento.

—Me escribió V. que estuviere aqui el día 23 de marzo antes de las diez de la mañana, y vine, señor, á las nueve.

—¿Y qué se cuenta, amigo mio, en nuestros barrios de Madrid?

—Hay cuentos, replicó Manuel, que son largos para contados.

—¿No hablarían mal, según presumo, de la conmoción de Aranjuez?

—Es el tío Pedro todo un hombre.

—Tenía el tío Pedro muchas ganas de sentar la mano á Godoy, y el hombre no se quedó escaso. Empezó la fiesta, amigo mío, con damas tapadas, y luego hubo incendios, y este decreto firmado por D. Carlos IV.

«Queriendo mandar por mi persona el ejército y la marina, he venido en exonerar á don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, de sus empleos de generalísimo y almirante, concediéndole su retiro donde mas le acomode.»

El embozado dobló el papel, que contenía el decreto real, y despues de haberlo guardado dijo:

—El dia 19 el buen príncipe abandonó su rollo de estera (acosado de sed y hambre), y descubierto por un centinela de walonas, tuvo á gran fortuna librarse del furor de un pueblo irritado: pero no escapó sin rudos golpes y sin alguna que otra herida. D. Carlos IV abdicó al fin en favor de Fernando VII; el valido está en su presión, pero el horizonte continúa bastante nublado.

—Es verdad.

—¿Qué has hecho en Madrid?

—Algun daño al príncipe generalísimo, á su hermano y á su familia.

—Te has equivocado, á los muebles. *A mo-  
ro muerto gran lanzada.*

—Tiene V. sobrada razon. Y á pesar de  
nuestros festejos está nublado el horizonte.

—Antes que se alejen las nubes habrá true-  
nos y tempestad.

Durante este corto diálogo se habia au-  
mentado la algazara en la mesa de los oficia-  
les, les habian servido un tercer *bol*, y es-  
taban alegres por demás. Solo el oficial de  
artillería guarbaba obstinado silencio, y ape-  
nas llegaba á sus labios el vaso que tenia de-  
lante.

—¿Qué tienes, Luis? le preguntó el capitán  
de granaderos.

—Un mal humor insoportable.

—Eso se cura con el ponche.

—Hay humores que no se quitan con lico-  
res, así como hay sed que solo se apaga con  
sangre.

—¿Te ha plantado tu dulcinea? le preguntó  
el guardia española.

—No.

—¿Estás sin un cuarto? le dijo el coman-  
dante.

—No. Tampoco.

—¿Estás de guardia en palacio? añadió el  
walon.

—Ni lo pienso.

—Un oficial que no está de guardia, que tiene dinero y amores, debe cantar, beber, reir y no poner cara de fraile, dijo el capitán. Pido que se ponga á votacion si está permitido á un artillero tener mal humor.

—¡Qué se ponga! gritaron todos á la vez; y resultó del escrutinio que debía beber y reir con gana ó sin ella todo el día.

Para cumplir en algun modo la sentencia de un tribunal tan equitativo y tan justo, apuró de un trago su vaso, pero en vano intentó reirse. Despues de este esfuerzo mecío con abatimiento la cabeza, y dirigiéndose á sus amigos:

—Señores, les dijo, es en vano que yo procure distraerme; una dura losa de mármol está oprimiendo mi cabeza; una losa de mármol siento sobre mi ardiente corazon.

—¡Luis! exclamaron sus amigos: el embozado y el buen mozo dejaron su conversacion, y se pusieron á escuchar: el artillero prosiguió.

—Tiendo mis miradas por do quiera, y solo encuentro precipicios. ¿Qué va á ser de España, señores?

A esta pregunta sus amigos soltaron una carcajada, pero el embozado y Manuel pusieron profunda atencion.

—¿Qué va á ser de España, señores? repitió Luis con energía.

—Es muy fácil adivinarlo, le replicó festivamente el capitán de granaderos. El nuevo rey abatirá á las hechuras de Godoy; tendrá consejeros mas honrados, y disminuirá los impuestos.

—¡Inbéciles! replicó Luis. Pero aunque pensase así el rey, ¿qué tienen que hacer en España esos ejércitos franceses?

—Poner á cubierto el Portugal de las escuadras de Inglaterra; prestar auxilio al rey Fernando, y guarnecer bien nuestras costas.

—Locos estan los que tal creen. Apoyándose en un tratado, cruzó Junot el Vidasoa al frente de 25,000 soldados, y auxiliado por españoles á las órdenes de Carrafa, penetró en Portugal.

—Lisboa le abrió sus puertas.

—Bien lo sé. Los auxiliares de Carrafa y las brillantes divisiones de Solano y Taranco le han hecho señor de aquel reino. Nosotros, capitán, nosotros hemos forjado las cadenas para aherrarlos duramente: nosotros en tiempo oportuno sufriremos un justo pago. En vez de un gobierno pacífico que nos respetaba y temía, hemos puesto á un conquistador altivo y fiero que atacará nuestras fronteras cuando así convenga á sus planes: y hemos impuesto horrendo yugo á nuestros antiguos hermanos.



—No lo son, Luis, cuando celebran la mortandad de Aljubarrota.

—No se olvidarán los franceses de Roncesvalles y San Quintin. Dupont con 24,000 infantes y 3,500 caballos ha llegado á Valladolid en guisa de conquistador. Ha señalado su camino con atropellos y violencias; y en Valladolid el marqués de Ordoño ha sido echado de su casa por el arrogante francés.

—Dupont pasará á Portugal para reforzar á Junot.

—Dupont se quedará en España si no le arrojamos por fuerza. A Dupont ha seguido Moncey con 25,000 infantes y 2,700 caballos.

—¿Llevas un estado general de los ejércitos franceses?

—Sí, capitan: en cada francés veo un enemigo de mi patria, y conviene saber su número.

—¿Temes batirte?

—¡Yo! mi sangre correrá pronto por la patria, y no sentiré derramarla: soy soldado, y es mi deber morir al lado de un cañon. Pero mezclada con mi sangre correrá la sangre del pueblo, y esta sangre, para mí preciosa, me da lástima, Ruiz, y horror.

—Aqui tenemos un profeta, dijo un oficial de walonas.

— ¡Quiera el cielo que no se cumplan mis dolorosos vaticinios. D' Armagnac ha entrado en Pamplona, y se ha hecho dueño alevemente de su formidable ciudadela: Duchesme con 13,000 hombres ha pasado los Pirineos, ha penetrado en Barcelona, y se aloja en la ciudadela y en el castillo de Monjuich: San Sebastian es del francés, y se aloja Murat en Burgos. Añadid á tan tristes nuevas que una parte de nuestro ejército está batiéndose en el Norte por Napoleon Bonaparte, y encontrareis muy lisonjera la situacion de este pais.

Las razones del artillero eran fuertes é incontestables; sus amigos y compañeros participaban todavia del aturdimiento general, pero no encontraban respuesta á tan lógico raciocinio, y aflijidos ó desmayados guardaron un triste silencio. El embozado y el buen mozo no habian perdido una palabra: contemplaban atentamente la fisonomía del oficial, y cruzaban entre sí miradas de una cordial inteligencia.

El rostro pálido de Luis contrastaba notablemente con el esplendor de sus ojos, que tenían el brillo siniestro propio de los del moribundo. Se pasó varias veces la mano por la frente, cojió un nuevo vaso de ponche, se lo bebió de un solo trago, y levantándose de pronto: —

— Señores, dijo, veo las nubes que van

preparando la tormenta : el trueno se escucha cercano, y el rayo nos herirá en breve. El encono de la real familia, la presuncion del favorito, y otras mil pasiones mezquinas, nos han puesto en una pendiente que nos conduce hácia un abismo. Los ejércitos invasores son dueños de nuestras ciudades, de las mejores fortalezas, y una gran parte del pais está militarmente ocupado. Exhausto se encuentra el erario; en cuadro están nuestros ejércitos; no hay una mano vigorosa que rija el timon del Estado; la nave flota combatida entre bravas olas y escollos, y es tan frágil que se quebranta al leve choque de la espuma.

—Segun eso, interrumpió Ruiz, ¿no hay remedio para nosotros, y tendremos que sufrir el yugo del armipotente emperador?

—No lo sufriremos, vive Cristo! replicó Luis con energía. ¡En mi pecho, bajo este uniforme, late un corazon castellano! ¿No late en el tuyo tambien?

—¡Sí! le replicó con arrogancia el capitán de granaderos.

—Y en los vuestros, preguntó Luis, dirigiéndose á los demas, ¿hay corazones castellanos?

—¡Sí! exclamaron todos á la vez.

—Pues en tan nobles corazones está el remedio de los males que afligen á la madre pa-

tria, y ellos mismos serán la patria, pundonorosos caballeros. Sujetos á la disciplina ahogaremos cien y cien veces hondos gritos de indignacion; pero cuando llegue el gran dia, cuando roto el tupido velo queden manifiestas las traiciones; cuando la esperanza esté en la guerra, y rugiendo nuestros leones se avalanzen sobre las águilas, cuando el pueblo levante el grito, yo seré el primero á repetirlo y sabré darles el ejemplo. ¿Quién me seguirá entonces?

— ¡Todos!

— No lo dudo, compañeros míos. El uniforme que llevamos nos impone santos deberes, y todos sabremos cumplirlos. Esta nacion tan abatida tendrá dias hermosos de gloria: yo no los veré ciertamente, pero moriré muy tranquilo, si en el momento de espirar descubro á alguno de vosotros que me tienda su mano amiga, y que me diga «te vengaremos.»

Miró al embozado el buen mozo, y le dijo:

— El señor oficial ha hablado lo mismo que un libro. Y á una seña del embozado se dirigió á los oficiales, y dijo á Luis.

— Señor, he oído todas las palabras de V., y juro, por Dios, que es muy cierto cuanto acaba de referir. V. valiente militar, contempla una muerte segura, y la vé llegar sin turbarse, porque va á cumplir su deber: yo, hijo del pue-

blo nada mas, cumpliré tambien con el mio, y sucederá lo que Dios quiera. El destronador de los reyes quiere imponernos con astucia sus leyes y su dinastía, haciendo de una nacion libre un estado que le dé tributos y que soldados le mantenga. No sé qué medios usará para precipitar del trono á los nietos de San Fernando; pero cuando llegue el momento alzaré mi voz, y un gran pueblo tomará las armas, señores. El aparato de la fuerza no le detendrá en su propósito: podrá sucumbir, pero el grito será repetido por do quier, y perecerán los traidores, los tiranos y sus verdugos. Cuando llegue el glorioso dia buscaré á V., noble artillero, y si no perecemos juntos, moriremos por la misma causa, y nuestros nombres se unirán en las páginas de la historia.

—Otro profeta, repitieron los oficiales aterrados.

—Soy profeta, y estos vaticinios me los ha dictado el corazon.

Habia ido cambiando Manuel su tono de perdona vidas, y sus ojos provocadores habian perdido poco á poco su arrogante ferocidad. Se mordió sus labios varias veces, y sintió por todos sus miembros un calenturiento escalofrio. Copiosas gotas de sudor bañaban su tostada frente, y su pecho hervia, como hierve el de un moribundo en la agonía. Luis participaba en